

convertidos al Cristianismo, no se ha realizado ya este misterio formidable de la justicia divina? Ellos han tenido la incomprensible temeridad de rechazar á Jesucristo en la persona del soberano Pontífice, su Vicario en la tierra; le han calumniado, le han perseguido, le han llenado de amargura y de escarnio de mil maneras distintas; ellos han procurado alejarle de Roma, y han deseado ver destruido para siempre su reinado. Ved aquí por qué esos países infieles á la gracia, ingratos al beneficio de la revelación cristiana, han perdido la verdadera fe, el verdadero cristianismo, la verdadera Iglesia, y se hallan hoy sometidos al yugo de la herejía ó del cisma.

Este mismo castigo deben temer también esas naciones católicas en las que apenas queda del Catolicismo más que el nombre, donde todas las fuerzas del espíritu, todos los recursos de la política y el desbordamiento de costumbres más audaz y más desenfrenado que existió jamás, se reúnen para hacer á la Iglesia Católica, con una perseverancia infernal, la guerra más insensata, más sacrilega y más impia. ¡Desgraciados países! El reino de Dios, arrebatado á su ingratitud y á su infidelidad, podrá ser trasladado á esas naciones dispersas en el grande Océano, que sumidas en la ignorancia, sólo esperan el momento en que les sea revelado, para establecerlo en ellas y hacerle fructificar. ¡Ay! conservemos, amados hermanos, el precioso tesoro que poseemos, la verdadera fe que tenemos la dicha de profesar; defendámosla dentro de nosotros mismos contra la influencia de las doctrinas erróneas, y más aún contra la influencia de las malas costumbres que pudieran hacérnosla perder, á fin de que, conservando en nosotros en toda su integridad el reino de Dios, ese precioso depósito de su fe y de su gracia, podamos ser admitidos un día en el reino de su gloria. Así sea.

EL VIAJE AL CALVARIO

Si quis vult post me venire, abneget seipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígalo.

(MATH. XVI, 24.)

Cuando el Salvador del mundo pronunció estas profundas y misteriosas palabras, que ninguna lengua humana había pronunciado jamás, ninguno de cuantos las oyeron comprendió la importante lección que ellas encierran; por el contrario, les pareció que el Señor había usado de un lenguaje que carecía de significación. La cruz era en aquella época el suplicio infamante de los esclavos y de los criminales, y jamás se había propuesto á los justos de la ley antigua como una condición esencial de la verdadera virtud. Ninguno, pues, podía admitir la extraña doctrina de que para ser discípulo de Jesucristo era necesario renunciarse á sí mismo, cargar con el instrumento de su propio suplicio y seguir sus pisadas, ó en otros términos, que, supuesto que el Mesías enviado por Dios debía llevar su cruz y morir en ella, sus discípulos debían también llevar sus cruces en pos de él, y ser en ellas crucificados por él y con él.

Sin embargo, San Pablo dice: Está decretado en los consejos eternos de Dios, que ninguno podrá entrar en el cielo si no representa en sí mismo la vida y los ejemplos de su divino Hijo, si no se hace la imagen perfecta de Jesucristo. La doctrina que nos enseña á imitar y á seguir á Jesucristo es, por consiguiente, la doctrina de las doctrinas, la ciencia de las ciencias, la filosofía de las filosofías, la doctrina, la ciencia y la filosofía de la salvación eterna.

¿Y qué ha hecho nuestro divino Maestro? El no se ha contentado con explicarnos en su Evangelio esta importante doctrina; ha querido ponérnosla ante los ojos, como en acción, en su viaje al Calvario, llevando él mismo su cruz sobre sus hombros, y enseñándonos de ese modo cómo debemos llevar nosotros la nuestra.

Acompañemos, pues, en ese día á nuestro Redentor, que lleva esta dolorosa y humillante carga; acompañémosle á fin de aprovecharnos de los misterios que él nos revela en esta circunstancia, de los ejemplos y de las lecciones que nos da, y comprender al mismo tiempo la necesidad, la importancia y las ventajas de la renuncia voluntaria, y la gloria que adquirimos al seguir sus pisadas por el camino del Calvario, con la cruz sobre nuestros hombros. Pidamos antes la gracia. *Ave María.*

Increible parece que después de haber deseado el Redentor tan ardentemente la cruz, y haberla aceptado con un gozo tan grande, se mostrase en seguida tan débil para llevarla, que apenas salió de Jerusalén cayó en un desfallecimiento tal, que fué necesario buscar uno que la llevase por él, por temor de verle sucumbir bajo su peso. ¡Ah! no nos sorprendamos de esta flaqueza. Ella no proviene del agotamiento de sus fuerzas, sino de la vehemencia de su caridad; no es una enfermedad, sino un prodigio; no es un escándalo, sino un misterio.

Efectivamente; en el salmo treinta y nueve que, según San Pablo, no se aplica más que á Jesucristo, el Salvador habla de sí mismo en estos términos: «Mis iniquidades me han abrumado con su peso de tal manera, que no puedo ni aun mirar al cielo. Su número es mayor que el de los cabellos de mi cabeza, y mi corazón, abatido y desolado, ha caído en un desfallecimiento.» No es, pues, la carga material de la cruz lo que abruma el cuerpo de Jesucristo, sino el peso misterioso de las iniquidades del mundo que, acumuladas sobre la cruz, la hacen tan pesada y abaten su corazón. Porque así como está escrito de Isaac, figura admirable de Jesucristo, que Abraham cargó sobre sus hombros la leña sobre que debía ser inmolado; así también se ha dicho de Jesucristo, por boca de Isaías, que su eterno Padre puso en sus hombros, juntamente con la cruz, la carga todavía más pesada de las iniquidades de los hombres. ¡Desgraciados de nosotros si Jesús hubiera llevado su cruz con tanta facilidad y tanta firmeza que llenara de admiración á sus enemigos en el Calvario, como los llenó de terror en Gethsemani! La cruz, llevada así con ademán de triunfo, hubiera sido la cruz de su inocencia, y no la del pecado; hubiera sido gloriosa para él, pero inútil é ineficaz para nosotros; ella no nos hubiera representado; nosotros no hubiéramos tenido parte alguna en ella, hubiéramos sido ajenos á la misma. Mas llevándola Jesús en medio de las ignominias y de los insultos, con los esfuerzos y la dificultad que debe experimentar un

hombre, con los sentimientos y las disposiciones de un criminal, temblando bajo su peso y cayendo con el rostro contra la tierra, llevándola como hubiéramos podido llevarla nosotros que somos pecadores, si la justicia de Dios nos hubiera cargado con ella, nos hace ver claramente que él se ha colocado en nuestro lugar, que ha cargado con nuestra cruz y la ha aceptado en nuestro nombre. Este abatimiento del Señor es, por consiguiente, el principio de nuestra esperanza y de nuestro consuelo. Su flaqueza fortifica la nuestra; ella eleva los corazones abatidos y sostiene á los mártires.

Es indudablemente un milagro que los mártires, hombres débiles y enfermos, hayan manifestado alegría en medio de los tormentos; pero mayor milagro es todavía que el Hijo de Dios, siendo fuerte por sí mismo, se haya hecho débil y se haya dejado abatir bajo el peso de la cruz. Este es el más grande de todos los misterios, que no puede explicarse sino por el más grande de todos los amores. ¡Oh flaqueza prodigiosa! ¡Oh desfallecimiento milagroso de Dios Salvador! El Hijo de Dios, revestido de la enfermedad de mi carne y cayendo á tierra en mi presencia, me enseña á postrarme á sus pies, á sacrificarle mi miserable orgullo, á humillarme, á hacerme enfermo ante esta Divinidad que se hizo voluntariamente enferma, y obligar así á este Dios, poderoso en su abatimiento, á que me alargue una mano compasiva para levantarme.

Hay asimismo una razón muy poderosa para que Jesucristo consienta en que otro le ayude á llevar su cruz. Viéndole los judíos caer en tierra desfallecido, temieron que muriese durante el tránsito, y que se privasen ellos del placer bárbaro de verle expirar en la cruz. Así, pues, no es por aliviar sus trabajos por lo que se dan prisa á socorrerle, sino por prolongar su suplicio; no para darle vida, sino para reservarle á la muerte más cruel. Con este objeto detienen á un hombre de Cyrene, llamado Simón, que volvía del campo y pasaba casualmente por aquel sitio; ellos querían hacerle cargar con la cruz del Salvador; pero como Simón rehusase aceptar esta carga, le obligan á llevarla por fuerza.

¡Oh, amados hermanos, todo está ordenado admirablemente en la pasión del Señor! Dios se sirve de este mismo acto de compasión bárbara de los judíos para figurar grandes misterios de misericordia y de salvación para con nosotros, y darnos graves é importantes lecciones. En primer lugar, no fué por casualidad el que Simón se encontrase de paso en el momento en que Jesucristo caía desfallecido bajo el peso de su cruz y de sus dolores. La casualidad es una palabra vacía de sentido. No es tampoco la injusticia ni la violencia de

los judíos la que obliga á Simón á participar de la ignominia y de la carga del Salvador; es el mismo Dios que, por una disposición amorosa de su providencia, ha dispuesto todas estas circunstancias. En efecto; no es un judío el que se ve obligado por sus compañeros á prestar este auxilio al Salvador, porque el judío, no sólo no era digno de llevar la cruz del Redentor que habia despreciado, sino que ni aun merecia tocarla. Este hombre afortunado, elegido por Dios para una misión tan honrosa, es un gentil; él se llama Simón, palabra que significa *obediencia*; él es de Cyrene, que quiere decir *herencia*; él viene de una granja, es decir, de la campiña, ó bien de un bosque que los antiguos llamaban *pagus*, lo cual hizo designar á los gentiles con la denominación de *paganos*, porque estos pueblos celebraban en los bosques sus ceremonias supersticiosas. Así, pues, este Simón es la figura de los pueblos de la gentilidad que, dejando el paganismo ó abandonando sus supersticiones idolátras, debían un día ser los primeros en creer en él, en confesar y en adorar su cruz, y en gloriarse de esta cruz, para los judíos objeto de horror y de confusión. ¡Cosa sorprendente! dice San Cirilo; el Hijo de Dios no se avergonzó de cargar con la cruz que habíamos merecido, y nosotros, desventurados ingratos, nos ruborizamos de llevar la cruz que Jesucristo santificó; rehusamos además sufrir las molestias más leves, inseparables de la vida cristiana y nos avergonzamos de sufrir cosa alguna por el amor de Jesucristo. ¡Desgraciados de aquellos, exclama San Pablo, que, por no desagradar al mundo, no se atreven á parecer cristianos, y se conducen como enemigos declarados de la cruz de Jesucristo! La gloria mundana que buscan, se convertirá un día para ellos en una confusión eterna.

Después de haber conocido el misterio oculto en la elección que Jesús hizo de Simón, para que llevase su cruz, procuremos comprender las importantes lecciones que ella encierra.

Ciertamente, después de María, que tuvo la inmensa gloria de concebir al Verbo Eterno en su seno virginal; después de José, que tuvo la dicha de estrechar con frecuencia en sus brazos el cuerpo sagrado de Jesús, no hubo en el mundo un hombre más honrado ni más dichoso que Simón Cirineo, que llevó la cruz que el Salvador habia ya santificado al tomarla con sus divinas manos y colocarla en sus hombros. Simón, al pasar por el lugar en que cayó el Señor, no pensaba ni aun remotamente en el honor que le aguardaba. Al principio no sólo no lo comprendió, sino que miró como una ignominia intolerable, para un hombre bien nacido, la de llevar en medio del día y entre un inmenso pueblo el patíbulo de un sentenciado, y ser

considerado como ayuda de verdugo. Él procuró evadirse de esta triste comisión de tal modo, que fué necesario emplear la violencia para decidirle á cargar con la cruz. Mas cuando después de la resurrección del Señor, hecho Simón cristiano con sus dos hijos, Alejandro y Rufo, conoció claramente á este Jesús, cuya cruz habia él llevado, ¡oh! entonces y sólo entonces comprendió la alta dignidad á que Dios le habia elevado, llamándole á llevar el instrumento del suplicio de su Hijo, y asociándole el primero al mérito, á la gloria y á la virtud de la cruz. Entonces, penetrado del más vivo reconocimiento, tributó á Dios sinceras gracias por lo que le habia parecido ser un castigo inmerecido, una humillación injusta, pero que sólo habia sido un efecto de amorosa predilección de la bondad divina. Y bien, ¿puede encontrarse un hecho más claro, más elocuente ni más eficaz que éste, para hacernos comprender la injusticia de la impaciencia y de la murmuración con que nosotros sufrimos nuestras tribulaciones y nuestras cruces? Ellas nos parecen efectos de una ciega casualidad, cuando son disposiciones admirables de la Providencia. Ellas nos parecen el resultado de la voluntad perversa de los hombres, no siendo otra cosa que señales de la protección divina. ¡Ah! indudablemente los hombres que nos despojan, que nos calumnian, nos humillan y nos oprimen, son verdaderos judíos que nos obligan á cargar con la cruz de Jesucristo, que nos proporcionan el honor de Simón Cirineo; pero Dios es el que hace de ellos sus instrumentos ciegos para purificar nuestras almas, mortificar nuestros vicios, extinguir el fuego de nuestras pasiones, acrecentar nuestro mérito y perfeccionar nuestra virtud. Reformemos, pues, nuestros pensamientos y nuestros sentimientos acerca de las tribulaciones que nos vemos obligados á sufrir. Doblemos la cerviz bajo su peso con piadosa resignación.

Cuando Jesús se muestra á nuestros ojos abrumado bajo el peso de su cruz, subiéndolo con ella la escarpada pendiente del Gólgota al través de innumerables ultrajes, parece que nos dirige estas palabras: «Hombres, miradme con atención; yo soy el hombre de la humillación y del dolor, yo camino por la senda de los sufrimientos, yo no doy á los que me siguen otra cosa que tribulaciones y cruces. ¡Y bien! ¿quién de vosotros tiene el valor de seguirme? Pensadlo bien; yo quiero en pos de mí amigos y no esclavos, discípulos voluntarios y no cautivos arrastrados por la fuerza; yo quiero, en una palabra, que vuestra cruz sea libre. El estado en que me veis os hará conocer que no seréis los primeros en andar el camino en que yo me encuentro; que yo soy el que os lo preparo, y que vosotros no haréis

más que seguir mis pisadas; que yo mismo principio á hacer lo que quiero que hagáis vosotros; que vosotros no seréis los primeros en morir por mí, supuesto que no haréis más que agradecerme el amor que me lleva á la muerte por vosotros; y que yo voy delante de vosotros como vuestro Señor, vuestro Modelo y vuestro Salvador, alentándoos con mi ejemplo y con mi auxilio. ¿Qué respondéis, pues, y qué resolución tomáis? ¿Consentís ó rehusáis formar parte de mi comitiva?

Si Jesucristo, supuesto que se encargó libremente de nuestra redención, debió cargar con la cruz, con mucha más razón debemos nosotros llevarla para obtener los frutos de esta redención.

La cruz es la condición más universal é indispensable de la vida humana, y ved aquí por qué ella es planta de todos los climas y de todos los países. La cruz se encuentra en los palacios de los grandes y en las chozas de los pobres. No hay poder alguno en la tierra, no hay dignidad, grado ni condición, que esté exceptuada, ni pueda evadirse de ella. Donde menos se cree que ella está, allí se encuentra más pesada y más sensible. Las cruces de los pobres son de madera; más toscas y más pesadas en apariencia, pero en realidad son más ligeras. Las cruces de los ricos y de los grandes del mundo son de oro; brillantes en apariencia, pero tanto más pesadas, cuanto el oro es más pesado que todos los metales. Las calumnias y las persecuciones son cruces; las miserias y las enfermedades son cruces igualmente; las humillaciones y los infortunios, las pérdidas imprevistas de las personas que amamos, de los bienes y del honor, las traiciones de los hombres y las tentaciones de los demonios, las exigencias de la sociedad, los deberes del estado, los cuidados de la paternidad y los sacrificios, exigidos por la condición de cada uno, son otras tantas cruces. Mas así como Jesucristo sufrió el peso enorme de todas estas cruces, cada hombre, cada cristiano deberá llevar igualmente la suya, porque Dios elige para cada individuo la cruz más adecuada á sus fuerzas, á sus necesidades espirituales, al estado de su alma, al grado de sus virtudes ó de sus vicios, al número de sus méritos ó de sus pecados, y á la energía de sus buenos deseos ó de sus pasiones, supuesto que las cruces son, no sólo una fuente de méritos, sino también un castigo, un auxilio y un remedio.

El Cirineo, rehusando al principio á cargar con la cruz del Salvador que se le imponía, y obligado después á sufrirla, á pesar de su oposición y repugnancia, representa al cristiano que hace todos los esfuerzos posibles para evadirse de la cruz que Dios le envía directa ó indirectamente. ¡Vanos esfuerzos! supuesto que nuestra re-

puñancia, nuestras quejas y nuestras murmuraciones ante la cruz que nos está preparada, ó bajo el peso de la que se nos ha impuesto, no pueden alejarla de nosotros ni librarnos de ella, y sólo sirven para hacérnosla más pesada. Por consiguiente, cuando Jesucristo, que hubiera podido evadirse de cargar con la cruz, la toma sin manifestar la menor impaciencia ni proferir una sola palabra, abrazándose á ella con toda la calma de la resignación y todo el anhelo de la alegría; cuando con su ejemplo y con su auxilio consigue decidir á Simón á llevar, con las santas disposiciones que tiene él mismo, una cruz contra la que se sublevó en vano ¡oh! entonces Jesucristo nos da una profunda enseñanza. Entonces nos dice que debemos llevar con los mismos sentimientos que él la cruz que se nos impone á pesar nuestro; que obligados á aceptarla por necesidad, debemos apropiárnosla por virtud; que es necesario convertir en sacrificio voluntario lo que muchas veces es un castigo merecido por nuestras culpas; que no sólo debemos doblar pacientemente la cerviz bajo su peso, sino tomarla nosotros mismos con valor, abrazarla con alegría, estrecharla con gozo contra nuestro seno, como una cosa que nos es propia, como un remedio de nuestras enfermedades, ó como la condición indispensable de nuestra salvación; y esto no por una sola vez, ni por un solo día, sino como el mismo Salvador lo dice por San Lucas, continuamente todos los días, toda la vida.

No se contentó el Salvador en su misterioso viaje al Calvario con predicarnos con su ejemplo, sino que quiso instruirnos también con sus palabras; porque además de los guardias que le rodeaban iba acompañado de una turba inmensa y seguido de un grupo de mujeres compasivas, que profundamente afligidas y vertiendo abundantes lágrimas á vista de sus ignominias y de sus penas, atestiguaban con su llanto y gemidos la inocencia de Jesús y la injusticia de sus Jueces. El Señor se vuelve, y desde la cumbre del monte dirige una mirada majestuosa sobre esta multitud que se extendía á sus pies en la pendiente del Gólgota; y con aquel poder divino con que en Getsemani había dejado inmóviles á los judíos al dirigirles sus reconvenções, deja ahora helados de terror á los jueces, á los soldados y á los verdugos haciéndoles oír sus amenazas. Tranquilo y sereno, con aire de Señor que manda, con un tono de maestro que instruye y de legislador que impone sus leyes al universo, se dirige más particularmente á las mujeres que veía tan afligidas y las dice: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, yo no camino á la muerte sino por mi voluntad. Llorad más bien por vosotras mismas, hijas infortunadas, verted lágrimas amargas sobre vuestros hijos, porque no está lejos el

dia en que estallará sobre Jerusalén la terrible catástrofe que la cubrirá de luto. ¡Dichosas entonces las mujeres estériles que no han lactado hijos! ¡y desgraciadas las madres cuya fecundidad sólo habrá servido para proveer de víctimas á la justicia divina! ¡Ay! los males de la vida presente no serán más que una débil imagen de los que mis enemigos los pecadores deben sufrir en la vida futura. ¡Qué horror no se apoderará de ellos cuando se presenten en el formidable tribunal de este mismo Mesías que tanto deseo tienen ahora de ver suspendido en la cruz! Ellos pedirán entonces como un favor que las montañas caigan sobre ellos para aplastarlos, y que los collados se bajen para cubrirlos. Porque si el Hijo de Dios, árbol verde de gracia y de virtud, es probado hoy por la justicia divina con tanta dureza, ¿qué trato deben esperar las ramas secas é inútiles, es decir, los pecadores enemigos de Dios?

¡Oh Dios lleno de misericordia! ¡oh palabras inflamadas de amor! Bajo el peso de la cruz, marcando el camino del Calvario con sus caídas y su sangre, en medio de las burlas de los sacerdotes, de los insultos del populacho y de los golpes que le daba la soldadesca, en tanto que su cuerpo estaba entregado á todos los dolores y su persona expuesta á todas las ignominias, Jesús sin embargo no olvida ni abandona al pueblo deicida. El judío le ultraja, y él le instruye por compasión; el judío le desprecia, y él le llama; el judío le conduce á la muerte, y Jesús le invita á la penitencia, á la reconciliación, al perdón y á la vida. Por esta razón le pone ante los ojos la severidad de los juicios de Dios, el horror de sus venganzas, las adversidades del tiempo y las penas de la eternidad.

Estas palabras fueron, en la persona de los judíos presentes á tan triste espectáculo, dirigidas igualmente á los cristianos futuros, que olvidados de sí mismos, se mostrarían un día escandalizados, confundidos y afligidos por los bárbaros tratamientos, las ignominias y los ultrajes que el Hijo de Dios sufrió en su pasión. Por consiguiente, al decir á estos cristianos: volved sobre vosotros mismos la compasión que manifestáis por mí, quiso decirles: En vez de entristeceros y de ruborizaros de las ignominias y de los dolores que yo he sufrido voluntariamente como Redentor, por la salvación del mundo, estremeceos al pensamiento terrible de que yo mismo vendré un día, con todo el esplendor de la majestad de mi Eterno Padre, á juzgar al mundo como juez inexorable. En vez de gemir por las penas del Salvador de los creyentes, llorad por la locura y la impiedad de los temerarios que perecen.

Sin embargo, en medio de la corrupción general de costumbres,

de la tibieza en la fe y del olvido del evangelio en que ha caído la mayor parte de los cristianos, Jesucristo conserva todavía una porción escogida de castas vírgenes y de jóvenes de alma pura que, renunciando á los atractivos y á los placeres del mundo, van á sepultar en los claustros los encantos de la juventud, de la gracia y de la belleza, ó que permanecen en el mundo, pero que le desprecian, y están separadas de él como si no vivieran en el mismo. Jesucristo conserva todavía, en todas las condiciones, en todas las clases y en todos los lugares, un gran número de almas fieles y fervorosas que observan una vida distribuida cristianamente entre las obligaciones de su estado y las practicas de religión, cuya primera atención es la salvación de su alma, cuyas ocupaciones preferentes son las lecturas piadosas y la frecuencia de sacramentos, cuyo tesoro es la gracia, y cuyas delicias son la caridad, la oración y la devoción. Hay todavía un gran número de almas justas, que no reportan otra recompensa de su justicia que el olvido, la persecución y el menosprecio. Y bien, esos cristianos sinceros, que siguen verdaderamente á Jesucristo, y que llenos de su espíritu llevan también su cruz y se dirigen místicamente por el camino del Calvario para ser allí continuamente crucificados con él, excitan con frecuencia, en su vida humilde y penitente, la compasión de los mundanos, como Jesús excitó la de los judíos. ¡Hijas desgraciadas! dicen, desventurados jóvenes! ¡encerrar-se así en la flor de su juventud en una especie de tumba, sin otra sociedad que la tristeza, el silencio y la mortificación!

Pero estas almas santas, á imitación de Jesucristo, su Salvador y modelo, responden á su vez á los mundanos: ¡Oh hijos de la impía Jerusalén! hijos del siglo corrompido, no lloréis ni os alijáis por nuestra suerte; mucho más molesto nos sería gozar de las delicias de vuestro mundo, que á vosotros privaros de ellas; en pos de Jesucristo, entre las espinas de la mortificación, en las lágrimas de la penitencia y en la austeridad del retiro, en la aflicción, en las tribulaciones y el menosprecio gozamos de la calma y de la paz del corazón; nosotros somos felices en poseer la gracia y tener la esperanza de la salvación; por consiguiente, ninguna necesidad tenemos de vuestra compasión ni de vuestras lágrimas hipócritas. Pero vosotros, con el pecado en el alma, en desgracia con vuestro Dios, en peligro continuo de morir con la muerte de los pecadores, en presencia del infierno, abierto siempre bajo vuestros pies, vosotros sin fe, sin esperanza y sin amor, decidnos, ¿tenéis acaso, en medio de vuestras intrigas, de vuestros placeres y de vuestras diversiones, un solo día sin penas, una noche sin cavilaciones, un momento sin disgustos, sin

amarguras interiores, sin temores y sin remordimientos? ¡Ah! vosotros os creéis libres, la alegría está pintada en vuestro semblante, pero sois esclavos miserables y vuestro corazón está lleno de tristeza y de amargura. Nosotros somos dignos de envidia, y vosotros dignos de ser llorados. Y si queréis llorar por los demás, llorad por vuestros hijos, realmente desgraciados por tener unos padres tan poco religiosos y tan corrompidos. Gemid sobre vuestros hijos, á los que no dejaréis otra herencia que una fortuna mal adquirida, vuestros vicios, y un nombre cubierto de infamia. ¡Hijos infortunados! Dios os los había dado para el cielo, y vosotros los educáis para el infierno; y por lo tanto, herederos de vuestras máximas corrompidas y del escándalo de vuestra vida, participarán un día de vuestro castigo. Llorad, pues, sobre ellos y sobre vosotros al mismo tiempo, ó más bien, comenzad desde ahora, vosotros con ellos y ellos con vosotros, ese llanto eterno á que seréis condenados.

Jesucristo, al ponernos á la vista el terrible cuadro de sus tremendos juicios, nos excita á que los evitemos; y en la persona de las hijas culpables de Jerusalén, llama á las almas pecadoras, hijas de su Iglesia, á llorar sobre sus culpas para obtener el perdón. Respondamos á estas invitaciones amorosas de la divina misericordia. Volvamos á colocarnos en pos de Jesucristo por el arrepentimiento y por el firme propósito de observar una vida cristiana, á fin de que, después de haber sido sus compañeros en la tierra por la gracia, seamos un día en el cielo, como nos lo ha prometido, compañeros de su gloria. Así sea.

LA CRUCIFIXION

Venerunt in locum, qui dicitur Calvaria, ubi crucifixerunt eum.
Llegados que fueron al lugar llamado Calvario, allí le crucifixerón.

(S. LUC. XIII, 33.)

Verdaderamente es un espectáculo muy tierno el del joven Isaac que, en el momento en que sabe que es la víctima escogida por Dios, se entrega con una resignación absoluta á todo cuanto su padre quiere hacer de él. Con la leña que ha llevado sobre sus propios hombros, le ayuda á levantar la hoguera sobre que debe ser consumido; él mismo se corona de flores y se coloca espontáneamente sobre el altar, presenta sus manos á las cuerdas destinadas á atarle; él abraza el instrumento de su suplicio y tiende su cuello al hierro centellante que debe herirle; y después, resignado y tranquilo, se dispone á recibir la muerte de manos del mismo de quien recibió la vida.

¿Y cómo es posible dejar de reconocer en el sacrificio heroico del hijo único de Abraham, la figura anunciada tantos siglos antes y la pintura más viva de las circunstancias que acompañaron al sacrificio de Jesucristo, Hijo único de Dios? El también llevó sobre sus hombros la leña de su holocausto, la cruz; él mismo se colocó en ella como Isaac; él ofreció también sus manos y sus pies, no para ser atados con cuerdas, sino para ser atravesados con clavos; él, en fin, sobre este altar de dolor, obediente y resignado hasta la muerte, espera que su eterno Padre, arrebatado por el fuego de su caridad por la salvación del mundo, venga á herirle por manos de los judíos. Y para que no falte ningún rasgo de semejanza entre los hechos y la figura, el monte Moria es el mismo que el Calvario, y el sacrificio de Isaac se verificó en el mismo lugar en que fué crucificado Jesucristo.

Abraham conoció desde luego de una manera profética este grande é inefable misterio del Dios Padre, que debía inmolar un día á su Hijo único en el mismo lugar en que este santo patriarca ofreció el suyo. Y ved aquí por qué en el éxtasis que le causó esta maravilla, y

en su piadoso reconocimiento, dió á este lugar el nombre de *Moria*, palabra que significa *el Señor ve*. Y después comenzó á usarse esta expresión: Dios verá sobre este monte. Y como la vista de Dios es la manifestación de su misericordia, esta expresión, *Dios verá sobre el monte*, fué una profecía luminosa de lo que había de suceder un día sobre este monte, de donde la misericordia divina debía descender al mundo. Meditemos hoy sobre las circunstancias históricas de la crucifixión del Redentor. En ella veremos tantas señales de esperanza y tantas pruebas de confianza como nos han venido del Calvario, á fin de que tengamos siempre fijas en este monte las miradas de nuestro corazón, y obtengamos los auxilios que no pueden venirnos sino de Dios por la mediación de Jesús crucificado. *Ave Marta*.

Es cosa digna de notarse que, mientras muchas particularidades de la pasión de nuestro Señor, que referidas por uno ó dos Evangelistas, se pasan en silencio por los otros, todos cuatro hayan notado, con una atención especial, la circunstancia de que Jesucristo fué crucificado «en el lugar del Calvario ó de la Calavera». Pero no os admiréis por esto; la grandeza, la impertancia y los efectos de la crucifixión del Salvador están ligados en gran parte á la circunstancia del lugar de su muerte. Porque en este mismo monte fué en el que Noé, Melquisedec, Abraham y todos los pontífices descendientes de Aarón ofrecieron á Dios sacrificios, cada uno de los cuales representaba una de las particularidades del sacrificio de Jesucristo. Así, pues, al repetirnos los Evangelistas que Jesucristo fué crucificado en el Calvario, quisieron darnos á entender que todos los antiguos sacrificios, tan frecuentes, tan magníficos y tan solemnes, y que habían sido ofrecidos sobre este mismo monte por hombres de una santidad tan inminente, eran la figura del grande y augusto sacrificio de Jesucristo; que de este sacrificio tomaban aquéllos su eficacia, que por esta inmolación eran aquellas hostias agradables á Dios; que viniendo Jesucristo á inmolarse sobre este monte misterioso, colocó su sacrificio en lugar de todos los otros, aboliéndolos todos para siempre; que él realizó todas las figuras, llenó todas las profecías y cumplió toda la ley. Finalmente, que la gran misericordia y los auxilios poderosos que la humanidad esperaba del monte Calvario con una esperanza tímida, los tienen seguros ya todos los hombres que manifiesten deseos de alcanzarlos, echando hacia ese monte una mirada de fe.

¿Sabéis vosotros de quién es esa calavera, esa cabeza augusta de la que tomó su nombre el monte Calvario? Una tradición constante

enseña que el primer hombre, salido de las manos de Dios, fué sepultado en el Calvario, en el mismo lugar en que el Salvador fué crucificado, á fin de hacer patente que, así como todos los hombres estaban muertos en Adán, todos debían renacer en Jesucristo.

Así lo afirman casi todos los padres, y no como una opinión particular, sino como una creencia tradicional, que conservaban los más sabios de entre los hebreos.

¡Oh rasgo inefable de la bondad divina! El autor del pecado es el primero que participa de la sangre del autor de la justicia. El autor de la muerte ve morir sobre sí al autor de la vida; y la malicia del primer Adán experimenta los méritos del segundo. Gracias os sean dadas, ¡oh santos evangelistas! por habernos transmitido la circunstancia importante de que Jesucristo fué crucificado y murió sobre el cuerpo de Adán; así nos habéis descubierto las relaciones secretas y misteriosas que unieron la muerte, la sepultura y la resurrección del segundo, supuesto que nos habéis dicho que todos estos acontecimientos sucedieron en un mismo lugar; vosotros nos habéis hecho conocer que Jesucristo murió por aquel primer padre, por aquel primer hombre, cuyo hijo se dignó llamarse en el Evangelio, designándose siempre á sí mismo con el nombre de Hijo del hombre, es decir de Adán. De este modo nos habéis dado á conocer que en la misericordia inmensa, usada con nuestro primer padre, fuimos comprendidos nosotros, que somos sus desventurados hijos. ¡Oh monte querido del Calvario! ¡oh precioso recuerdo! A este pensamiento desaparece nuestra timidez, nuestra confianza renace, nuestro corazón palpita de esperanza, y nosotros aguardamos de este monte santo con una confianza filial el auxilio de Dios todopoderoso, que es el único que puede salvarnos.

Mas en tanto que nosotros nos detenemos en estas consideraciones, los judíos presentan al Salvador la bebida de los condenados á muerte. ¡Mas ay! ¡oh invención del infierno! esta bebida no está compuesta de vino y mirra, como la que se acostumbraba dar á los sentenciados á muerte, á fin de hacerles caer en una especie de letargo, quitarles la reflexión y debilitar en ellos el sentimiento de dolor. Para Jesucristo se compuso de vino corrompido y de hiel; y aquellos criminales convirtieron así en un nuevo motivo de tormento esta especie de alivio, y dieron una prueba de su impía crueldad en el tiempo mismo en que querían aparecer animados de sentimientos de humanidad.

Sin embargo, el Salvador no permite sin un misterio profundo este artificio diabólico de barbarie. Adán había pecado por intempe-

rancia y por gula, y esta pasión le hizo echar una mirada atrevida y extender su mano rebelde hacia el árbol de la muerte. Y nosotros también, hijos de aquel primer pecador, cediendo á esta misma pasión, abusamos de los alimentos que Dios nos presenta, y nos entregamos con frecuencia á los placeres de la gula y á los excesos de la intemperancia. Así pues, cuando Jesucristo gustó esta horrible bebida, quedando emponzoñada su lengua y paladar, único sentido exceptuado hasta entonces, expió la intemperancia de Adán y la de todos los hombres.

El Evangelista añade sin embargo que apenas paladeó Jesús esta bebida emponzoñada, rehusó beberla. Y ¿cómo puede comprenderse que rehusase nuestra amargura el que jamás rehusó ninguno de nuestros dolores ni de nuestros oprobios? No, él no rehusó la amargura de que estaba lleno este nuevo cáliz; él rechaza la malicia con que se lo han preparado. Y si en el colmo de una paciencia hartamente excesiva hubiera bebido en silencio este brebaje cruel, hubiera hecho creer á los judíos que la sabiduría encarnada no había conocido el fraude infernal que había convertido en mortal ponzoña un licor que debía ser confortativo; hubiera dejado oculto esta nueva muestra de la barbarie de sus enemigos; les hubiera proporcionado el gozo feroz de haber hecho morir con el veneno al que debía morir por su caridad; hubiera tragado finalmente un veneno, cuyo efecto hubiera sido destrozarse sus sagradas entrañas, que debían permanecer intactas. Por otra parte, al rehusar esta bebida, en apariencia confortativa y deliciosa, y en realidad emponzoñada; al manifestar que había descubierto el fraude con que habían querido engañarle y hacer circular la muerte por sus venas para escarnecerle después, expió la loca credulidad que hizo á Adán ceder á la tentación de la serpiente, y devorar como un remedio saludable el fruto fatal que el demonio había convertido en mortal veneno; él nos manifestó que moría sobre aquel monte para descubrir y burlar la astucia de la serpiente, y asegurarnos los auxilios necesarios para eludir los horribles artificios de Satanás, y alcanzar sobre él gloriosos triunfos.

Ministros ávidos de sangre, daos prisa á colocar sobre su altar al Cordero sin mancha. El está más impaciente por ser inmolado, que vosotros por sacrificarle. En efecto, ved, amados hermanos, con cuánta ansia, con cuánta mansedumbre y con cuánta tranquilidad se ofrece á los verdugos que, más crueles que las bestias feroces, le arrancan con un horrible furor sus vestiduras pegadas ya á las heridas, causándole así dolores inmensos.

Detengámonos aquí un instante en considerar cómo se prepara el

Salvador para tomar posesión de su cruz; despojándole de todas sus vestiduras, y en este estado de desnudez sube al trono de su dolor. Así es cómo debe presentarse al combate el cristiano que quiera triunfar con Jesucristo; á ejemplo del Salvador, debe despojarse de todas las grandezas del siglo.

Admirad entre tanto cómo Jesucristo no necesita de que le hagan violencia; obligado tan sólo por su obediencia á su Eterno Padre, y por su amor á los hombres, se inclina hacia tierra, y él mismo se coloca, con las espaldas todas desgarradas y sangrientas, sobre el madero tosco de la cruz; extiende sus brazos y sus manos y presenta sus pies para que sean atravesados por duros clavos. ¡Oh espectáculo horrible! El verdugo fija en medio de la palma de la mano un clavo enorme, sobre el cual hace retumbar un pesado martillo, y no cesa de dar fuertes golpes hasta que atraviesa de parte á parte la mano y el madero. ¿Quién podrá imaginar las convulsiones y los dolores que debió experimentar aquella humanidad delicada en este destrozamiento de las carnes, en esta rotura violenta de los nervios, de los músculos, de las venas y de las arterias que se unen en esta parte del cuerpo? La otra mano es sometida al mismo suplicio; mas no pudiendo extenderse hasta llegar al barreno que habían hecho en el otro brazo de la cruz, á causa de la contracción de los músculos producida por el destrozamiento de la primera, los verdugos tiran de ella violentamente con cuerdas. El mismo tormento le hacen sufrir en sus sagrados pies; de modo que al dolor que sufre por la crucifixión se junta el que le causa la dislocación de los huesos.

Adán y Eva pecaron extendiendo sus manos rebeldes al árbol prohibido, y para expiar este crimen extendió Jesucristo sus manos inocentes para que fuesen clavadas en el árbol de la cruz. Mas al satisfacer el Señor por el pecado del padre, ha satisfecho también por los pecados de los hijos. Por el mérito de los dolores que sintió cuando taladraron con los clavos sus sagrados pies, nos alcanzó á todos anticipadamente el perdón de la audacia con que hemos abandonado tantas veces los caminos de los divinos preceptos, para caminar por los senderos de la iniquidad; nos ha preparado el título con que, después de nuestros largos extravíos, somos llamados por la voz de la gracia á volver al Señor á quien hemos abandonado cobardemente. ¡Oh, dulce Jesús mío! que yo, miserable pecador, he caminado sin otra guía que la necia vanidad de mis pensamientos y las ilusiones de mi corazón, por los senderos de necios extravíos, y de errores voluntarios. ¡Ah! por el mérito de las llagas de vuestros sagrados pies, afirmad los míos de tal modo que, sin temor de caer,

comience á seguir vuestros caminos; en adelante no quiero caminar sino por la senda de vuestros divinos preceptos. ¡Ah! haced que una vez entrado en este camino no le abandone jamás.

Era costumbre entre los romanos, como lo hemos dicho en otro lugar, que los vestidos del ajustado se repartiesen entre los que habían sido encargados de quitarle la vida. Y ved aquí que aquellos ministros de crueldad, acercándose tranquilamente al pie de la cruz, después de haber crucificado al Salvador, se apoderan al momento de sus vestiduras, y hacen de ellas cuatro partes, una para cada soldado. Mas cuando tratan de partir la túnica de Jesús, ó el vestido interior que tocaba á su carne divina, viéndola sin costura y de una sola pieza, no quieren cortarla, la sortean para que decida la suerte quién ha de ser su poseedor, cumpliendo así á la letra, sin saberlo, esta clara profecía de David: «Ellos dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes.» Este acto de fúrdida avaricia y de audacia brutal de parte de los soldados, merece fijar nuestra atención, porque él encierra un misterio lleno de consuelo para nosotros.

Las vestiduras sagradas de Jesús fueron la figura de su Iglesia; porque así como el cuerpo está envuelto y encerrado en los vestidos, así también el cuerpo de Jesucristo con su espíritu se encuentra encerrado en su Iglesia; y así como los vestidos caen á tierra si no los sostiene el mismo que los lleva, así la Iglesia se sostiene por Jesucristo. La Iglesia es una; ella es al mismo tiempo universal y se extiende á los cuatro puntos cardinales del mundo; por consiguiente, las vestiduras, de que los soldados hicieron cuatro partes, representaron la universalidad de la Iglesia, y la túnica sin costura figuró la unidad producida por los lazos de una misma caridad. ¡Cuán encantadora es la descripción que nos hace San Juan de esta preciosa túnica del Salvador, obra admirable de las castas manos de la Virgen María! El nos dice que no estaba formada de diferentes partes, de tal modo que separándolas quedase cada una de ellas entera; nos dice que era sin costura y de un solo tejido, de un solo hilo, que entretejido bajo cierta combinación por una misma mano desde arriba hasta abajo, figuraba el cuerpo con todas sus proporciones, y que, por consiguiente, toda ella era una obra sencilla, igual y uniforme; que nada había en ella extraño ó accesorio.

¡Imagen fiel y admirable de la Iglesia! Una sola mano divina la formó con un solo designio y con un solo espíritu. Desde su origen hasta el fin no se encuentra en ella división alguna, sino una serie sucesiva y continua de pastores, que se remonta, como un solo tejido,

hasta Jesucristo, y termina en el último cristiano, siempre la misma. Desde arriba hasta abajo, todo se une en ella y se sostiene. Las innovaciones no se toleran en ella; en todos y para todos hay la misma fe, la misma moral y el mismo culto. No puede romperse un solo hilo sin poner en peligro toda la obra. Los herejes y los cismáticos, que la niegan y la abandonan, no hacen otra cosa que separarse de esta unidad y renunciar á ella; pero no pueden alterarla. La Iglesia es siempre una, siempre la misma. Tantas naciones como se han separado de ella no han dejado en ella señal alguna de división; su forma divina y sus proporciones son ahora lo que han sido siempre, y su unidad permanece siempre intacta. Lo repito, los disidentes se privan del principio de vida que reside en ella; mas no pueden destruir su unidad, ni comprometer su duración.

Observad también que los soldados que se reparten las vestiduras del Salvador son romanos, es decir, gentiles. Los judíos no entran en parte con ellos; no conociendo el valor de estas vestiduras, ni del que las llevaba, las abandonaron á los extranjeros que, como representantes del gentilismo, tomaron posesión de ellas. Ved aquí por qué la Iglesia de Jesucristo, figurada en sus vestiduras, se hace desde este momento el rico despojo, el patrimonio de los gentiles, de los romanos. Los judíos son excluidos de ella, quedan privados de ella, porque habiendo negado á su Padre han perdido todo el derecho á su herencia.

Los cuatro soldados, colocados hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra, hacen cuatro partes de las vestiduras del Señor, una para cada uno; y esta división significa que los gentiles de los cuatro ángulos del mundo deben tener parte en la Iglesia. Sin embargo, ellos no dividen la túnica, sino que dejan á la suerte que decida á quién de ellos debe pertenecer; esto significa que las naciones no pertenecerán á la Iglesia sino por una gracia que, á los ojos de los hombres, parece un efecto de la suerte, pero que realmente Dios es quien la prepara y la dispensa en el libre ejercicio de su soberanía; porque no es llamado el hombre á la fe en virtud de sus cualidades y de sus méritos personales, sino por una disposición secreta de los juicios de Dios.

Todos los padres y los doctores, que han reconocido unánimemente el misterio de la unidad de la Iglesia en la túnica inconsútil de Jesucristo, no dejan de clamor contra el crimen de los herejes y de los cismáticos que, con sus divisiones y errores, desgarran de una manera deplorable el seno de la Iglesia, que es la túnica divina del Redentor. ¡Oh! ¡Cuán violentas son las reconvencciones que les

hacen! ¡Oh! ¡Cuán terribles son los castigos con que les amenazan! Salid de vuestro sueño, oh vosotros cristianos desventurados que estáis fuera de la Iglesia; abrid los ojos al peligro en que os halláis, é imitad á los soldados del Calvario. Dejad de obstinaros en querer cortar con vuestras herejías y cismas esta túnica inconsútil del Salvador. Renunciad á los esfuerzos insensatos que hacéis para desgarrar la Iglesia, trabajo infernal que, sin causarle mal alguno, no hace otra cosa que dividirnos á vosotros, reduciros á la triste condición de los judíos, y excluirnos como á ellos de todos los beneficios de la religión de Jesucristo. Y nosotros los católicos, guardémonos también de desgarrar esta túnica divina, sembrando la desconfianza y la discordia entre la cabeza y los miembros, entre el padre y los hijos, entre el pastor y las ovejas, ó bien separando la fe de las obras y los dogmas de los preceptos, ó últimamente perteneciendo á la Iglesia sólo exteriormente, y viviendo separados de ella por el desarreglo de nuestras costumbres. Trabajemos de consuno para apropiárnosla como el patrimonio particular de cada uno de nosotros, por la santidad de nuestras obras y el ejemplo de nuestra vida, y abracémosla con todo el valor de nuestra profesión y todo el ardor de nuestro celo.

Apenas Adán y Eva consumaron su pecado con su desobediencia, cuando se avergonzaron y se ruborizaron de verse desnudos; y habiendo entretejido varias hojas de higuera, se hicieron unos cintos con los cuales se cubrieron. ¡Inútil artificio! las hojas del árbol fatal que les había quitado la vida, no podían cubrir su desnudez. A pesar de este tejido frágil que les embarazaba sin cubrirles, no cesaban de ruborizarse de sí mismos á sus propios ojos y á los ojos de Dios. Así es que, como dice la Escritura, corren á ocultarse en la espesura del bosque, debajo de un árbol, procurando formarse un asilo con su ramaje. Pues bien, á este mismo árbol va á buscarles el Señor; y allí es donde, después de echarles en cara su pecado y pronunciar su sentencia, les revela el profundo misterio del Salvador que debía un día rescatarlos. Compadecido de su desnudez y de su sonrojo, hace inmolrar dos corderos, forma con sus pieles dos túnicas ó vestidos fuertes y durables, y lleno de amor se los pone con sus propias manos.

¡Pero qué! ¿no estaba Adán desnudo antes de pecar? ¿Por qué no se avergonzó de verse en aquel estado sino después de su culpa? ¡Ah! porque la desnudez de su cuerpo era la figura de la horrible desnudez de su alma; porque por el pecado había perdido la vestidura blanca de la inocencia, de la gracia y de la justicia original; porque

el desorden y los movimientos de la concupiscencia rebelde que principió entonces á experimentar en su carne fueron el indicio y el efecto del desorden y turbación de las pasiones que comenzó á sentir en su corazón. Fué, pues, un instinto misterioso y profético, lo que hizo correr á Adán para buscar en el árbol un asilo, una defensa contra las miradas y contra la cólera de Dios. El presentía ya que el hombre pecador no encontraría refugio ni vestido sino en el sagrado árbol de la cruz. Por esta misma razón, al vestir Dios con la piel del cordero á Adán escondido en el árbol, revela desde este momento un profundo misterio, y nos enseña que los hombres pecadores se vestirán un día al pie del árbol de la cruz con las vestiduras del Cordero divino, y con la gracia de Jesucristo.

Ved, hermanos míos, como esta admirable profecía se cumple en el Calvario. Debiendo el Redentor satisfacer por los pecados del hombre y reproducir en sí mismo sus diversos estados, debió tomar también la desnudez y la vergüenza de Adán después del pecado. Mas como la inocencia y la gracia eran inseparables de él, que es la santidad por esencia, y como no podía tomar la desnudez interior del alma, ni la vergüenza del espíritu de Adán despojado de la gracia, tomó la desnudez exterior y la vergüenza que Adán experimentó cuando advirtió su desnudez corporal. ¡Oh espectáculo digno de compasión! A excepción de un velo que la piedad de su Madre le dió por respeto al pudor, el Hijo de Dios, que tiene la luz por vestido, que cubre al cielo de nubes, á las aves de plumas y á la superficie de la tierra de plantas y de flores, quiso ser crucificado desnudo y elevado así en la cumbre del Calvario, expuesto á las miradas insolentes de todo un pueblo. Y por el mérito de esta desnudez humillante para su angusta persona, de este sonrojo sensible á su corazón, nos alcanzó á todos la gracia de adornarnos como con una vestidura preciosa, con la gracia santificante que hemos recibido en el bautismo.

¡Ay! ¿en qué ha venido á parar para muchos cristianos esta vestidura preciosa de la gracia? ¡Desgraciados pecadores! Al abandonarnos á los vicios, la habéis sorteado, la habéis desgarrado, la habéis perdido. ¡Cuán insensatos sois al envaneceros de los vestidos lujosos con que cubris vuestro cuerpo! El pobre que despreciáis porque está cubierto de harapos repugnantes, la humilde persona de quien os mofáis porque lleva el hábito religioso del claustro, ó el vestido de la sencillez y del pudor; todos esos, si están en gracia de Dios, se hallan vestidos ricamente y adornados con verdaderas joyas que cautivan la atención de los ángeles y atraen las miradas y el

amor de Dios. Pero vosotros, con todo el lujo de vuestros vestidos, que ostentan la riqueza, os halláis verdaderamente desnudos y sois un objeto de horror para los ángeles, é insufribles á los ojos de Dios. ¡Oh almas viciosas y perversas! en vez de bajar los ojos de confusión, en vez de ruborizaros de esa horrible desnudez, de esa profunda miseria que os hace objeto de desprecio para el Dios que os ha criado, hacéis de ella un objeto de gloria y un motivo de vanidad. Cuanto más pecadores sois, y por consiguiente más pobres y más desnudos, tanto más eleváis vuestra soberbia frente, ostentando en ella la audacia y la insolencia. ¡Desgraciados! ¿cuál será vuestra confusión cuando en el momento de la muerte vuestra alma, tan desnuda de gracia y de virtud, comparezca ante el tribunal de Jesucristo? ¡Ah! entrad dentro de vosotros mismos y llenaos de confusión. Buscad con empeño la vestidura preciosa de la gracia que habéis perdido; trabajad para vestiros de Jesucristo.

Arrojémos, pues, á los pies de Jesucristo crucificado, de quien proceden todos los méritos; fijemos en él nuestras miradas y más aún nuestro corazón. Acerquémosnos al sacramento de expiación, que recibe de la cruz todo su poder; despojémosnos del hombre viejo, á fin de que pueda Jesucristo vestiros del hombre nuevo, borrar nuestros pecados y adornarnos con su gracia. Entonces, dirigiendo al Calvario nuestras miradas de reconocimiento, podremos dar gracias eternamente á nuestro Criador y Redentor por habernos concedido el auxilio poderoso de nuestra salvación. Así sea.

EL PERDÓN

Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum.
Si alguno pecare, sepa que tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, que es justo.

(I. JOAN, II, 1.)

¡Á la montaña, á la montaña! ahora es el tiempo, hoy es el día de los grandes misterios. El verbo de Dios hecho hombre, la Sabiduría increada, la verdadera luz que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo, en el momento mismo en qué parece próxima á extinguirse, brilla con un resplandor extraordinario desde el madero de dolor y de oprobio en que está enclavado. El Dios de majestad y de gloria publica su religión de amor. El gran monarca del universo promulga su código de perfecta justicia. El Hijo de Dios habla por última vez á los hijos de los hombres. El enviado de los cielos manifiesta á la tierra sus oráculos eternos. El más tierno de los padres declara su última voluntad y dicta su testamento en favor de sus hijos ingratos.

¡Oh testamento precioso, cuya primera disposición es una súplica llena de una ternura y de una eficacia infinita para nosotros! pues al implorar de su Padre la reconciliación, el perdón y el olvido, aseguró á todos los pecadores el perdón, el olvido y la reconciliación. Este misterio de infinita misericordia fué el que San Juan anunció en estos términos: Si alguno de vosotros tiene la desgracia de caer en el pecado, no desespere de su perdón; porque nosotros tenemos en Jesucristo, muerto por nosotros, un abogado para con el Padre Eterno, un protector siempre poderoso por su justicia, siempre compasivo por su bondad. El no sólo es nuestro mediador, sino también la víctima de propiciación, víctima por nuestros pecados y por los de todo el mundo.

Consideremos, pues, en el día de hoy esta disposición amorosa de Jesús, este legado de infinito valor que nos ha dejado nuestro Padre

en el momento en que se ofrecía a la muerte por nosotros. Penetrados de reconocimiento por un beneficio tan grande, y de confusión á vista de nuestra ingratitud, detestaremos nuestras culpas al pie de la cruz con la contrición de la Magdalena y la humildad del buen ladrón, y con estas disposiciones podremos recibir hoy el perdón que Jesucristo nos ha prometido y alcanzado, así como podremos comprobar también que él es realmente nuestro abogado solicitante para con el Padre, y la verdadera víctima de propiciación por nuestros pecados. Para lograr esta gracia, invoquemos á la Virgen. *Ave María.*

Un reo, por muy criminal que sea, es, según las leyes romanas, un ser respetable y sagrado en el momento que sufre el castigo: *Bes sacra reus.* Ese reo tiene derecho á la compasión de los jueces que han pronunciado contra él la sentencia de condenación, y aun á la de los verdugos que le dan la muerte; á ninguno es permitido complacerse en sus tormentos, ultrajar su persona, ni insultar su dolor. Mas ¡ay! ¡pueblo desnaturalizado y cruel! esas consideraciones que la naturaleza manda, que las leyes sancionan y que han sido observadas siempre con los más culpables de entre los hijos de los hombres, se olvidan enteramente cuando se trata del Hijo de Dios.

Apenas se enarbolaba la cruz, apenas el crucificado es expuesto á la vista del pueblo inmenso que había acudido á esta sangrienta ejecución, cuando todos los espectadores palpitando de gozo, y sin enterarse ni ablandarse ante el cruel espectáculo que presenta un cuerpo tan perfecto y delicado pendiente de tres clavos, cubierto de heridas y manando sangre, todos dejan en paz á los dos malhechores crucificados á sus dos lados, y principian á vomitar contra Jesucristo los insultos más amargos, las provocaciones más sacrílegas y las blasfemias más atroces. Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley y los ancianos de Israel, olvidando su dignidad y el respeto que se deben á sí mismos, confundidos con el populacho, no se avergüenzan de tomar parte en el insulto, y agrupados en torno de la cruz de manera que pudiera Jesús oír sus palabras decíanse mutuamente: «¡Oh! ¡qué poderoso es el Salvador que nos habia venido! El ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo. Mira, pueblo judío, al que tuvo la audacia de suponerse el Hijo de Dios. Si él representa la verdad, ¿por qué Dios su Padre no se apresura á librar de nuestras manos á su Hijo muy amado en quien tiene todas sus complacencias? Los mismos soldados romanos, aunque ajenos al sentimiento de odio infernal de que estaban animados los judíos contra el Salvador, le insultaban también diciéndole: «¿Podemos creer

que eres el rey de los judíos? ¡Pues bien! si eres realmente el Rey y Mesías, sálvate á ti mismo y muéstranos tu poder.» Hasta los transeuntes, que no habían tomado parte alguna en su condenación, al ver la cruz elevada en el Calvario, mezclan sus blasfemias con las injurias de los que, colocados alrededor de la cruz, se recrean en las penas y en los oprobios de Jesús crucificado. Y así, mueven la cabeza en señal de desprecio, y le dicen en tono de ironía insultante: «Miserable, tú que quieres destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días, tú que te jactabas de poder obrar un prodigio tan grande, ¿por qué no haces un milagro mucho más pequeño de salvarte á ti mismo? Si eres el Hijo de Dios, prueba lo bajando de la cruz. En una palabra, toda piedad parece extinguida en aquella multitud feroz; judíos y romanos, príncipes y pueblo, espectadores y verdugos se muestran dominados por un furor incomprensible. Los mismos gritos de odio y de desprecio contra Jesús salen de todas las bocas, porque estos sentimientos están en todos los corazones; y elevándose de todos los puntos desde donde podía verse la cruz un concierto unánime de maldiciones, de reconvenções, de sarcasmos, de blasfemias y de insultos, hacia resonar el aire con una armonía infernal; que un eco de horror repetía en la funesta montaña. ¡Oh crueldad! ¡oh barbarie! ¡oh humanidad ultrajada! ¡oh majestad de Dios vilipendiada! Desde el principio del mundo, jamás los hombres habían llevado á tal exceso el endurecimiento, el orgullo, la crueldad, la impiedad y el sacrilegio.

Pero ¡qué veo! el cielo se oscurece, la tierra tiembla, el sol se eclipsa y se niega á alumbrar un crimen tan atroz. La naturaleza entera no puede sufrir el horroroso atentado cometido contra su divino autor; todas las criaturas gimen. ¡Qué desgracia! El Altísimo se prepara á la venganza, el crucificado eleva al cielo sus ojos tristes, y hace subir hasta el trono de su Padre su voz agonizante. «Padre mío, exclama, Padre mío, antes que muera os pido una sola gracia, y es que perdonéis á los judíos y á los gentiles, á los acusadores y á los jueces, á los príncipes y al pueblo, á los ministros y á los verdugos, á los sacerdotes y á la plebe todos los tormentos, todos los oprobios que me hacen sufrir en este día; ellos no me han conocido, Padre mío, y, más ciegos que culpables, no saben lo que hacen» ¡Oh buen Jesús! ¡oh tierno y amable Jesús, cuánta confianza y cuánto gozo no debe excitar en nuestros corazones esta súplica tan dulce! Ella nos descubre los torrentes de suavidad celestial y de unción divina que vos derramaréis en el corazón de las almas fieles que os buscan, que os sirven y os aman, supuesto que derramáis con tanta abundancia el óleo de vuestra misericordia sobre los que os crucifican.

Notad el cuidado con que procura excusar la enormidad de un crimen que no admite excusa alguna: «Ellos no saben lo que hacen,» dice. Ved aquí lo que quiso decir con estas palabras: «Ellos no me han conocido, oh Padre mio, por lo que soy, por vuestro Hijo y su Salvador. Esta es la causa porque ultrajan al que debieran adorar, y aborrecen al que debieran amar. Perdonadles su malicia por causa de su ignorancia; tened piedad de ellos porque son frágiles, porque están obcecados por las pasiones que no les permiten entender lo que dicen ni ver lo que hacen.» Ningún defensor se ha mostrado jamás en sus discursos tan solícito ni tan ingenioso para salvar á su cliente de la muerte temporal, como Jesucristo se ha mostrado en esta súplica de infinita misericordia para librar á sus verdugos de la muerte eterna. El pronuncia el informe más elocuente, la defensa más completa y el discurso más convincente y más eficaz, y de este modo prueba que es el más tierno, el más compasivo, el más ingenioso y el más elocuente de los defensores para con Dios, no menos por la santidad de su persona que por los transportes de su caridad.

¿Cómo pudo decir Jesús que los judíos no sabían lo que hacían, cuando la injusticia de su perfidia, de su odio y envidia, la mala fe de sus acusaciones y su obstinación cruel en pedir su muerte habían sido tan palpables y evidentes, que el mismo Pilatos se convenció de ellas? ¿Hubo jamás una malicia más voluntaria, más consumada y, por lo mismo, más inexcusable? Todo esto es muy cierto; pero no lo es menos que los judíos pidieron la muerte del autor de la vida porque no le conocieron.

Detengámonos un instante en considerar esta escena única en la historia del mundo. Jesucristo no confundió los pecadores con los pecados; él distinguió nuestras culpas de nuestras personas; él quiso destruir aquéllas y salvar éstas. ¡Ay! ¡qué sería de nosotros si él no hubiera hecho esta distinción! Al amarnos así Jesucristo, nos ha enseñado cómo debemos amarnos mutuamente; nos ha enseñado que en las ofensas que se nos hacen debemos hacer una distinción entre la injusticia de nuestros enemigos y la condición de su naturaleza, distinguir lo que hacen de lo que son, detestar su pecado sin odiar sus personas, como el buen médico que odia la enfermedad y la combate, sin dejar por eso de mostrarse compasivo con el enfermo y asistirle. En efecto; las pasiones del que nos ofende injustamente son verdaderas enfermedades de su espíritu, y nuestras oraciones y nuestra caridad tienen mayor fuerza para curarlas que el odio y la venganza.

San Bernardo nos exhorta á que excusemos, á ejemplo de Jesu-

cristo, la intención del que nos ofende, si no podemos excusar su acción; él nos excita á que atribuyamos la injusticia, que nos lastima, á ignorancia, á inadvertencia, ó á cualquiera otra circunstancia casual, más bien que á malicia. Mas ¡ay! estos ingeniosos artificios de la caridad son raros entre los cristianos de nuestros días; el ofendido procura abultar á sus propios ojos y á los de otros la injuria que ha recibido, para justificar, con su exageración, su odio y su resentimiento y la prisa que se da á satisfacerlos.

Pero, ¡desventurados cristianos! ¿desearíais que Dios os tratase como tratáis á vuestros hermanos, y que á la más leve falta que cometáis hiciese estallar su cólera y vibrase sus rayos para castigaros en vuestra fortuna, en vuestro honor, en vuestra familia, en vuestra persona y en vuestra vida? Seguramente que no. ¡Cuán injusta es, pues, vuestra pretensión! Vosotros, seres miserables, vosotros ultrajáis á Dios por el pecado, y queréis que Dios os perdone, mientras que en vuestro resentimiento y en vuestro implacable orgullo, no queréis perdonar á un hombre semejante á vosotros. Vosotros no sois más que un poco de polvo, un gusano de la tierra, y no queréis excusar al polvo, y pretendéis que el gran monarca de los cielos haga descender el perdón sobre vosotros. ¡Vana ilusión! Dios no permite que nosotros tengamos dos pesos, dos reglas y dos medidas. No es posible que Dios reserve su misericordia para nosotros, y su justicia para los demás; porque Jesucristo ha dicho que Dios usará con nosotros la misma medida que hayamos usado con los demás; es decir, que la deuda inmensa que hemos contraído con Dios no nos será perdonada, si por nuestra parte no echamos el velo del olvido sobre las ofensas que se nos han hecho.

Acordaos del siervo inícuo del Evangelio, á quien su señor había perdonado la deuda enorme de diez mil *talentos*, y que no quería perdonar á uno de sus compañeros la de algunos *denarios*. El señor, justamente irritado, retiró la palabra de perdón que le había dado, hizo resucitar contra este siervo cruel su antiguo crédito, le hizo encerrar en una prisión obscura y le entregó á los verdugos. Pues bien; así es, dice Jesucristo, como obrará mi Padre celestial con vosotros; lejos de perdonaros vuestras culpas, os castigará severamente si no perdonáis de corazón á vuestros hermanos. ¡Dichosos vosotros, cristianos sinceros, discípulos fieles de Jesucristo, vosotros que, dóciles á sus lecciones y ejemplos, no conserváis resentimiento alguno por las injurias que habéis recibido, sino que respondéis á las imprecaciones con las súplicas, á las ofensas con los beneficios, y al odio con el amor! En tanto que vosotros perdonáis las injusticias con que os

persiguen, Jesús implora y obtiene para vosotros el perdón de los pecados que habéis cometido. Mientras oráis por vuestros enemigos, Jesús pide por vosotros. Mientras que vosotros derramáis vuestros beneficios sobre los que os han ofendido, Jesús derrama su sangre sobre vosotros. En tanto que os constituis defensores de vuestros hermanos ante vosotros mismos, Jesús desempeña en vuestro favor el oficio de abogado ante Dios. Él excusa vuestras faltas y os viste de sus méritos; él os lava con su sangre y os muestra su protección; vosotros os hacéis sus amigos y sus hermanos, supuesto que participáis de ese espíritu de caridad con que él se inmoló en la cruz, y por esta causa os estrecha contra su corazón, os oculta en sus llagas, os comunica su filiación divina y os hace entrar con él en posesión de su herencia celestial.

Mas, quizá dirá alguno: el Señor no imploró el perdón más que para los judíos y los gentiles, autores injustos y crueles de su muerte. No fué así; él lo solicitó igualmente para nosotros, para todos los pecadores, porque sobre su trono de dolor defendió nuestra causa como defensor poderoso, porque es justo, y su propiciación eficaz é infinita, comprendió no sólo nuestros pecados, sino los de todo el mundo. En efecto, observad que en su oración no se expresó en términos limitados. El no dijo: «Perdonad á los judíos ó á los gentiles, á Caifas ó á Pilatos.» Habló, si, en términos generales diciendo: «Perdonadlos. Es decir que oró por todos aquellos que de cualquier manera cooperaron á su muerte y fueron causa de ella. Es muy cierto que habiendo muerto Jesucristo por las iniquidades de todos, supuesto que su Padre le había cargado con la obligación de pagar todas nuestras deudas, todos los hombres contribuyeron más ó menos con sus pecados á su crucifixión y á su muerte. Cuando San Pablo nos dice que todos los que, después de haber sido regenerados por el bautismo, vuelven á caer en el pecado, no hacen otra cosa que crucificar de nuevo al Hijo de Dios, nos dá á entender claramente que todos los pecadores le han crucificado ya otra vez. Por consiguiente, todos los hijos de Adán, pasados, presentes y futuros, han contribuido á derramar esta sangre, supuesto que fué derramada por los pecados y la santificación de todos. La muerte del Redentor no fué sólo un crimen producido por la injusticia de Pilatos y el odio de los judíos, sino que fué también un misterio exigido por la miseria y los extravíos de todos los hombres.

¡Oh dulce Jesús! ¡oh tierno y amable Jesús! nosotros os damos gracias con toda la efusión, con todos los transportes de nuestro corazón, por habernos tenido presentes á todos sobre la cruz á los ojos

de vuestra bondad y misericordia. Os damos gracias por habernos comprendido á todos en vuestra oración, y por haber hecho valer en ella y por ella nuestras excusas, por haber presentado nuestra defensa, defendido nuestra causa, desarmado la cólera divina, y habernos alcanzado á todos el perdón. Con esta súplica habéis hecho que la gracia exceda al crimen; lo que habéis satisfecho por nosotros á la justicia infinita es más de lo que le debíamos; lo que habéis pedido por nosotros es mucho más de lo que necesitábamos; lo que nuestro Padre celestial podía negar justamente á nuestra indignidad, á nuestra ingratitud y á nuestra malicia, no puede negaros á vos que sois su Hijo, que lo habéis pedido para nosotros, que continuáis sin descanso pidiéndolo en nosotros y con nosotros, con la única condición de que nos unamos á vos. Con esta sola condición, la justicia divina, á la que hemos satisfecho abundantemente, está como obligada á volvernos su confianza y su amor.

Esta es la razón porque, subyugados y confundidos por las señales de vuestra tierna caridad, sentimos un excesivo dolor de haber pecado, y juramos al pie de la cruz no volver á pecar en adelante. Mas si tenemos alguna vez la desgracia de correr por la pendiente resbaladiza del mal, por grande que sea nuestra malicia, por monstruosa que sea nuestra ingratitud, ¡ah! jamás añadiremos á la injuria, que os habremos hecho hollando vuestra santa ley, la injuria, todavía más sensible á vuestro corazón, de desesperar del perdón que habéis solicitado y obtenido para nosotros. La multitud de nuestros pecados podrá humillarnos, confundirnos y quebrantarnos de dolor, pero no podrá desesperarnos ni abatirnos. Nosotros recordaremos siempre la súplica tan tierna y tan eficaz que dirigisteis por nosotros á vuestro Padre, y mientras que ella nos hable de vuestro amor para guardarnos contra el pecado, y nos repita nuestra ingratitud, nos dará también la esperanza de alcanzar vuestro perdón, porque ella nos dirá que tenemos siempre en vos, para con el Padre celestial, un abogado, á cuya justicia y caridad nada puede negarse, á quien todo se ha concedido, y que es por consiguiente la propiciación infalible, la fianza perpetua y la prenda segura del perdón, no sólo de todos nuestros pecados, sino también de los de todo el mundo.

No puede dudarse que el Padre Eterno oyó todas las súplicas que le dirigió Jesucristo, supuesto que el Salvador dijo á su Padre: Yo sé, Padre mio, que vos me escucháis siempre. Es indudable, por consiguiente, que la súplica que Jesús crucificado hizo á su Padre para atraer el perdón sobre sus verdugos fué oída, aun con respecto al tiempo, al modo y á las dolorosas circunstancias en que tuvo lu-

gar. Porque por la eficacia omnipotente de esta oración sublime, el perdón fué concedido al buen ladrón, al centurión, á los soldados que habian crucificado á Jesús, á la multitud que volvió del Calvario hiriéndose el pecho en señal de dolor, y á aquellos millares de judios que se convirtieron después en la predicación de San Pedro, y formaron la primitiva Iglesia.

Y ¿por qué tan sólo aquellas pocas personas fueron las que se convirtieron y alcanzaron el perdón? ¿Sería porque Jesús no oró más que por ellas? No. La palabra genérica *illis*, á todos ellos, significa claramente que el Señor comprendió en su súplica á todos los que directa ó indirectamente habian cooperado á su pasión y muerte; que esta súplica fué como una amnistía general, un jubileo universal, un perdón que se extendía á todo el mundo, del que ninguno fué excluido ni exceptuado, y del que el mismo Judas hubiera podido aprovecharse si hubiera recurrido á la penitencia, arrojándose en los brazos de Jesucristo, y si la desesperación no le hubiera arrastrado al suicidio. Luego si una súplica hecha por todos no sirvió más que á un pequeño número, fué porque Jesucristo, al hacerla, no aseguró la impunidad á todos los pecadores, sino que imploró y obtuvo el perdón para todos los penitentes que quisiesen borrar sus crímenes con una fe viva y un arrepentimiento sincero. Pues bien, como la mayor parte de los judios, ciegos voluntarios, insensibles y endurecidos contra el prodigio de tantas virtudes y contra la virtud de los numerosos prodigios que señalaron la muerte del Salvador, opusieron una resistencia infernal á su gracia, y se obstinaron en su atentado con una terquedad diabólica, no participaron por lo mismo del gran beneficio del perdón divino. Ved aquí, pues, la importante lección que nos ofrece este misterio; á saber, que aunque el perdón fué solicitado para todos sin excepción alguna, sin embargo no participan de él sino aquellos que se aplican su fruto por una sincera penitencia.

No nos forjemos ilusión: la mediación de Jesucristo, su intercesión y perdón, lejos de dispensarnos del arrepentimiento de nuestros pecados, nos imponen, por el contrario, una obligación rigurosa de participar del sacramento de la penitencia, en el que se nos aplica el mérito infinito de la oración de Jesucristo. Con esta sola condición podremos disfrutar de las ventajas que nos ha proporcionado esta oración sublime. Con esta condición podremos pedir á la justicia divina, sin temor de ser rechazados, y con la confianza de ser oídos, y de que salde nuestras cuentas y borre nuestras deudas. Con esta condición, en fin, podemos gloriarnos santamente de tener en

Jesucristo, nuestro Redentor, un abogado tan justo como poderoso, que nos hará propicio á su Eterno Padre, á pesar de los pecados que hemos cometido, y que nos alcanzará el perdón, la gracia y la salvación eterna, supuesto que puede obtener todo esto, aun para el mundo entero. Así sea.

EL ABANDONO, LA SED Y LA CONSUMACIÓN

Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

Habiendo amado Jesús á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(JOAN. XIII, 1.)

Quando el Hijo de Dios, yendo por la última vez á Jerusalén, anunció á sus apóstoles la muerte que esperaba en esta ciudad decidida, no designó de una manera clara quién habia de ser el que le diese muerte, sino que se limitó á decir: El Hijo del hombre será entregado, para ser crucificado. ¿Y por qué obró así el Redentor? Porque ni era una persona sola, ni un solo motivo lo que debía conducirle á la cruz.

En efecto, visiblemente y en el tribunal de los hombres, Jesús fué entregado á la muerte por Judas, el discípulo que le hizo traición; lo fué igualmente por el odio de los fariseos; lo fué por el furor de toda la nación y de los sacerdotes sus jefes; lo fué finalmente por la debilidad, por la injusta y cobarde política de Pilatos. Pero invisiblemente y ante el tribunal de Dios fué entregado por el grito de todos los pecados del mundo y por la justicia inexorable del Padre celestial, que no perdonó ni aun su propio Hijo desde que le vió cubierto con el manto de pecador; y principalmente, ¡oh tierno y delicioso misterio! él fué como impulsado y arrastrado á la muerte por su amor, por su caridad infinita, que le obligó á inmolarse por nosotros.